

100 kilogramos. Como esta fabricacion se efectuaba en la orilla izquierda y la lucha se libraba en la orilla derecha, era indispensable que esta pólvora pasara los puentes. Organizaron como pudieron este servicio, y á las nueve de la noche nos avisaron que la policia habia establecido una vigilancia especial, que registraba á los transeuntes, sobre todo en el puente Nuevo.

Los diez puentes del centro estaban tomados militarmente. Prendian en las calles á los transeuntes que les parecian sospechosos. Un guardia municipal decia, en voz bastante alta para que éstos pudieran oirlo, que prendian á todos los que no iban afeitados y á los que tenian cara de no haber dormido.

A pesar de todo, no carecíamos de pólvora; el desarme de la Guardia nacional en varios barrios nos hizo adquirir cerca de ochocientos fusiles; nuestras proclamas y decretos se fijaban y el pueblo oia nuestra voz; empezábamos á tener cierta confianza.

—La marea sube! me decia Edgard Quinet, que vino á estrecharme la mano.

Nos anunciaron que se sublevarian las escuelas y que en ellas encontraríamos asilo. Julio Favre exclamaba con júbilo:

—Mañana fecharemos nuestros decretos en el Panteon.

Los síntomas de buen agüero se multiplicaban. Se agitaba un antiguo foco de insurreccion, el de la calle de San Andrés de las Artes. La asociacion titulada *La Presse du travail* daba señales de vida. Algunos bravos obreros, en la calle de Jardinet, núm. 7, organizaron un imprentin en un sotabanco, cerca del cuartel de la gendarmeria móvil. Pasaron la noche redactando primero é imprimiendo despues un Manifiesto á los trabajadores escitándoles á tomar las armas. Eran cinco hombres hábiles y decididos, que en pocas horas tiraron mil quinientos ejemplares, y al amanecer aparecieron pegados á las esquinas. Uno de estos trabajadores, que hacia de jefe, Desmoulins, que estaba desanimado el dia anterior, entonces esperaba.

Como se vé, los síntomas eran más favorables.

Parecia que Maupas era insuficiente y que recurrían á otro hombre más hábil, á juzgar por el siguiente hecho. La víspera por la tarde vieron á un hombre de elevada estatura, desde las cinco hasta las siete, paseándose por delante del

café de la plaza de San Miguel: dos comisarios de policia, de los que prendieron á los representantes el dia 2, se le acercaron y él les estuvo hablando mucho tiempo. Aquel hombre era Carrier. Reemplazaba á Maupas?

Cada uno de dichos comisarios iba seguido por un agente.

Al mismo tiempo nos llegaban al comité advertencias extrañas; una de las cartas decia lo siguiente:

“3 Diciembre.

“Mi querido Bocage:

“Hoy á las seis se han ofrecido 25.000 francos al que prenda ó mate á Victor Hugo.

“Vos sabreis dónde está. Que no salga bajo ningun pretexto.

“Vuestro,

„ALEJANDRO DUMAS.,

Al dorso: Bocage, 18, calle Cassette.

Teníamos que pensar en los menores detalles. Habia en los diferentes sitios de combate diversidad de contraseñas que podian ser peligrosas.

Recibíamos continuamente informes y noticias que nos decian que se levantaban barricadas en todas partes y que el tiroteo empezaba en las calles centrales. Michel de Bourges exclamó:—Levantad cuatro barricadas en cuadro y deliberaremos en el centro.

Tuvimos noticias de Monte-Valerien, en donde acababan de encerrarse dos prisioneros más: los representantes Rigal y Belle, que pertenecían á la izquierda. Rigal estaba enfermo y le sacaron de la cama. En la cárcel estaba tendido en un jergon y no podia vestirse; su compañero Belle le servia de ayuda de cámara.

A las nueve, el capitán de la 8.^a legion de la Guardia nacional de 1848, que se llamaba Jourdan, vino á ofrecernos sus servicios: era uno de aquellos valientes que el 24 de Febrero dieron el temerario golpe de mano en el Palacio Municipal. Le encargamos que lo repitiese y que lo extendiera hasta la Prefectura de policia. Nos contestó que podia disponer de pocos hombres, pero que haria que ocupasen silenciosamente durante el dia ciertas casas estratégicas del muelle de Gevres, del muelle Lepelletier y de la calle de la Cité, y que si los partidarios del golpe de Estado creian que el combate se verificaba en el centro de Paris, quizá desguarneciesen el Palacio Municipal y la Prefectura y de ese modo él podia atacar dichos dos puntos. El capi-

tan Jourdan cumplió lo que nos habia prometido; por desgracia se aceleró demasiado, segun supimos por la noche. Como previó, hubo un momento en que la plaza del Palacio Municipal quedó desprovista de tropas, porque el general Herbillon se vió obligado á ir con la caballeria á atacar por las espaldas las barricadas del centro. El ataque de los republicanos empezó en seguida; los disparos salieron de las ventanas del muelle Lepelletier; pero como la izquierda de la columna estaba aun en el puente de Arcole, al oír los disparos, por orden del comandante Larochette se situó una línea de tiradores delante de la Casa Municipal; el 44.^o deshizo el camino andado y la tentativa de los nuestros fracasó.

En aquel momento vino Bastide con otros dos representantes y nos dijo:— Buenas noticias; todo vá bien.

En su fisonomia grave y honrada brillaba cierta serenidad cívica. Venia de las barricadas para volver á ellas. Dos balas le atravesaron el paletó. Le llamé aparte y le pregunté.

—Volveis á las barricadas?

—Sí.

—Quereis acompañarme allí?

—No; sois necesario en este sitio. Os toca ser general y á mí ser soldado.

Insistí en ir á las barricadas, pero él persistió en su negativa, repitiendo:

—El comité es nuestro centro y no debe disolverse. Vuestro deber es permanecer aquí. No correis menos peligros que nosotros, porque si os cogen os fusilarán.

—Puede llegar un momento, repliqué, en que el deber nos obligue á tomar parte en la lucha.

—Puede ser.

—Los que estais en las barricadas juzgareis mejor que nosotros cuándo debemos intervenir. Dadme vuestra palabra de honor de que si llega ese instante vendreis á buscarme.

—Os la doy, me dijo estrechándome la mano al despedirse.

Pocos momentos despues, á pesar de confiar en la palabra leal de Bastide, no pude contenerme, y aprovechando un intervalo de dos horas que tenia á mi disposicion, quise ir á ver por mis propios ojos lo que sucedia.

Tomé un coche en la plaza del Palacio Real. Le dije mi nombre al cochero y que deseaba alentar á los combatientes de las barricadas, que unas veces iria á pié y otras en el carruaje, y que me confiaba á su lealtad. El cochero me contes-

tó:—Sé en dónde están las barricadas. Os llevaré á la que querais, y os esperaré todo el tiempo que sea preciso. Os traeré otra vez aquí, y si no llevais dinero encima, no me pagareis, que me enorgullece el papel que voy á desempeñar.

Subí en el coche y partí.

IX.

La puerta de San Martin.

Los hechos ocurridos durante aquella mañana eran tan graves, que hicieron exclamar á Bastide:—Esto se enciende. Y lo difícil no es incendiar, sino encender.

Paris empezaba á incomodarse, y Paris no se incomoda cuando queremos, sino cuando se le antoja. Es un volcán. Se encolerizaba lentamente, pero se encolerizaba, y empezaban á subir al horizonte los primeros resplandores de su erupcion.

Para nosotros, lo mismo que para el Eliseo, se acercaba el momento crítico. Desde la víspera nos tanteábamos. El golpe de Estado y la República iban por fin á luchar á brazo partido. El comité lograba su objeto, y algo irresistible arrastraba á los últimos defensores de la libertad, empujándolos á empeñarse en la batalla suprema.

En Paris, cuando suenan ciertas horas, cuando aparece la necesidad inmediata de un progreso que debe cumplirse ó de un derecho que debe vengarse, las insurrecciones se apoderan rápidamente de la ciudad. Paris, por su vasta tarea histórica, se compone de dos personajes revolucionarios; de la clase media y del pueblo. A estos dos combatientes les corresponden dos sitios de combate; la puerta de San Martin cuando se insurrecciona la clase media, y la Bastilla cuando se insurrecciona el pueblo. El hombre político debe fijarse en esos dos puntos, porque estas dos plazas son célebres en la historia contemporánea, y parece que quede siempre en ellas resto de la ceniza caliente de las revoluciones. Cuando el viento de las alturas sopla, la ceniza caliente se dispersa y llena la ciudad de chispas.

Entonces ya indicamos por qué causas dormia el terrible arrabal de San Antonio y nada consiguió despertarle. Acampaba en torno de la Columna de Julio un parque completo de artilleria, cuyos soldados estaban con las mechas encendidas. Aquel altísimo pilar revolucionario, aquel silencioso testigo de los grandes sucesos del pasado, parecia olvidarlo

todo. Triste es decirlo, pero los adoquines que presenciaron el 14 de Julio, no se levantaron al verse oprimidos por las ruedas de los cañones del 2 de Diciembre. Esta vez no empezó la Bastilla, sino la puerta de San Martin.

Desde las ocho de la mañana había gran rumor y gran gentío en las calles de San Dionisio y de San Martin; corrientes de transeúntes indignados subían y bajaban por ellas; rasgaban los carteles del golpe de Estado; pegaban en las paredes nuestras proclamas; grupos estacionados en las esquinas de las calles adyacentes comentaban el decreto que declaraba al presidente fuera de la ley; la multitud se arrebatava los ejemplares de nuestros decretos y proclamas. Algunos hombres, en pie sobre los guardacantones, leían en alta voz los nombres de los ciento veinte firmantes de la izquierda, y cada uno de ellos era más aplaudido aun que el día anterior.

La multitud crecía y aumentaba en cólera. La calle de San Dionisio ofrecía el extraño aspecto de tener cerradas todas las puertas y ventanas y todos sus habitantes fuera de las casas. En éstas reinaba la soledad de la muerte y en la calle rugía la tempestad.

Cincuenta hombres resueltos salieron de pronto de una callejuela lateral, gritando: A las armas! ¡Vivan los representantes de la izquierda! ¡Viva la Constitución! En seguida empezaron á desarmar á los guardias nacionales, lo que se verificó con tanta facilidad como el día anterior. En menos de una hora se apoderaron de ciento cincuenta fusiles.

Entre tanto la calle se llenaba de barricadas.

X.

Visita á las barricadas.

El cochero me dejó en la calle de San Eustaquio y me dijo:—Ya estais en el avispero; os esperaré en la calle Vrilliere, cerca de la plaza de las Victorias. No tengais prisa.

Empecé á recorrer las barricadas.

En la primera encontré á Deflotte, que se ofreció á servirme de guia; acepté y me acompañó á los sitios donde mi presencia podía ser útil.

Apresuradamente escribía notas con el lápiz de Baudin que conservaba, anotando sin orden los hechos, que aquí voy

á reproducir, porque pueden ser útiles para la historia:

“Mañana del día 4. Parecía suspendido el combate. Barricadas que he visitado: una en la plaza de San Eustaquio; otra en el mercado de Ostras; una en la calle Manconseil; otra en la calle Tiquetonne; una en la calle Maudar; otra que cierra la calle del Cadrau; cuatro que barrean el Petit Carreau; otra en construcción entre la calle de las Dos-Puertas y la de San Salvador, que cierra la calle de San Dionisio; otra más grande, que cierra esta última calle por la altura de la de Guerin Boisseau; otra que barrea la calle Grenetat; otra que cierra la calle de Grand-Urleur, obstruyendo las cuatro calles. Esta barricada la atacaron ya por la mañana. El combatiente Masonnet, fabricante de peines, recibió una bala en el paletó; Dupapet quedó el último sobre la cumbre de la barricada; se cree que al tomarla le habrán fusilado. La tropa se retiró sin destruir la barricada. Se construyen barricadas amistosamente en todas partes sin incomodar á nadie, haciendo lo posible por no molestar al vecindario. En la calle Bourbon-Villeneuve no han pedido á los vecinos ni un solo colchon, á pesar de que el cañoneo que sufría la barricada hacia precisos los colchones para amortiguar las balas.

“Jeant y Sarre es jefe de todo un grupo de barricadas. Me presenta á su segundo, Charpentier, hombre de treinta y seis años, hombre de letras y sábio. Charpentier se estaba ocupando en hacer experimentos para ver si podía reemplazar el carbon y la madera por el gas para cocer la porcelana, y me pidió permiso para leerme cualquier día una tragedia. Yo le contesté:—“Ahora representamos una.” Estaban escasos de municiones. Sarre, que tenia en su casa una libra de pólvora de caza y veinte cartuchos de guerra, envió por ellos á Charpentier. Este fué, tomó la pólvora y los cartuchos, pero los distribuyó entre los combatientes de las barricadas que encontró por el camino.—“Estaban hambrientos,” nos dijo. Charpentier no ha disparado en su vida un arma de fuego y Sarre le enseña á cargar el fusil.

“No han roto los tubos del gas para no causar perjuicios. Los combatientes se han limitado á quitar las llaves á los porteros del gas y las pértigas á los encendedores. De este modo pueden á su antojo apagar ó encender.

“Tienen en este grupo de barricadas in-



A LAS ARMAS

tencion de apagar el gas de la calle Petit-Carreau y de todas las vecinas, dejando solo encendido un farol en la calle de Cadrau. Han colocado centinelas hasta en la esquina de la calle de San Dionisio.”

Me dirijo á la calle Pagevin. En el ángulo de la plaza de las Victorias hay una barricada muy bien construida. En la situada en la calle de Juan Jacobo Rousseau la tropa no ha podido hacer prisioneros esta mañana. Los soldados acuchillaron á todos los defensores y hay cadáveres hasta la plaza de las Victorias. La barricada Pagevin se mantuvo firme; la defienden cincuenta hombres bien armados. Entro en ella y estrecho la mano de aquellos valientes, que me informan de lo que habia ocurrido. Vieron á un guardia municipal aplastar á culatazos la cabeza de un moribundo. Una linda jóven, que se dirigia á su casa, asustada, se refugió en la barricada, en la que permaneció una hora; cuando pasó el peligro, el jefe de la barricada hizo que la acompañara á casa el más viejo de los hombres que estaban á sus órdenes. Al marcharme me presentaron un prisionero, que segun me dijeron era polizonte, y esperaba que le fusilasen. Le hice poner en libertad. Baucel defendia aquella barricada, y nos saludamos cariñosamente; me preguntó:

—Venceremos?

—Sí, le contesté.

Casi no dudábamos del éxito.

Deflotte y él quisieron acompañarme, temiendo que cayera en poder de un batallón que custodiaba el Banco.

Cuando llegamos á la esquina de la calle de Vrilliere pasó un grupo á caballo: eran algunos oficiales, que precedia un hombre que parecia militar, pero que no llevaba uniforme. Iba envuelto con un abrigo de capucha.

Deflotte me tocó el brazo, diciéndome en voz baja:

—Conoceis á Fialin?

—No, le contesté.

—No le habeis visto nunca?

—No.

—Quereis verle?

—No...

—Miradle.

El hombre indicado pasaba efectivamente por delante de nosotros, á la cabeza del grupo de oficiales.

Salía del Banco. Sin duda fué á contratar un nuevo empréstito forzoso. Las gentes que estaban á las puertas le miraban con curiosidad, pero sin cólera. Su

aspecto era insolente. Se volvía de vez en cuando para decir algo á los que le seguían. Fialin tenía el aire arrogante del hombre que caracolea delante del crimen. Miraba con altanería á los transeúntes. Su caballo era magnífico y parecía que estaba orgulloso de su ginete. Fialin iba sonriendo y llevando en la mano el látigo que merecía su rostro.

Pasó. Solo entonces ví á aquel hombre.

Deflotte y Baucel no se separaron de mí hasta que volví á subir al carruaje. El valiente cochero me esperaba en la calle Vrilliere, y me condujo al número 15 de la calle de Richelieu.

XI.

La barricada de la calle Meslay.

En la primera de la calle de San Martin, levantada á la altura de la citada calle. Voltearon una gran carretera, la pusieron obstruyendo el paso, desempedrarón el arroyo y arrancaron algunas baldosas de las aceras; pero esta barricada, que era el centro de la defensa de la calle sublevada, solo podria servir de obstáculo momentáneo; en ninguna parte estaban colocados los adoquines á la altura del hombre; en una tercera parte de ella no pasaban de la rodilla. Unos cien combatientes tomaron posesion detrás de ella. A las nueve, el movimiento de las tropas anunció el ataque. La vanguardia de la columna de la brigada Muralay ocupó el ángulo de la calle del boulevard. Una pieza de artillería, que enfilaba toda la calle, apareció delante de la puerta de San Martin. Los enemigos se contemplaron durante algunos segundos con el silencio sombrío que precede á los choques; la tropa observaba la barricada, erizada de fusiles, y los defensores de la barricada contemplaban la boca abierta del cañón. No tardó en darse la orden de ataque general, y el fuego empezó. La primera bala pasó por encima de la barricada, hiriendo en el pecho, á veinte pasos detrás de ella, á una mujer que pasaba y que cayó en tierra. El fuego era cada vez más nutrido, pero causaba poco daño á la barricada. La pieza estaba demasiado cerca y hacia la puntería demasiado alta.

Los combatientes, que no habian perdido aun ni un solo hombre, recibían las balas al grito de ¡Viva la República! pero no contestaban á los tiros. Tenían pocos cartuchos y los economizaban. De pronto

el 49.º regimiento desembocó en columna cerrada.

Entonces la barricada hizo fuego.

Llenóse la calle de humareda; cuando ésta se disipó se vieron tendidos en el arroyo una docena de hombres, y que los soldados se replegaban en desorden arriados á las casas.

El jefe de la barricada exclamó:—Huyen. Alto el fuego! No perdamos ni una sola bala.

La calle quedó desierta durante algunos momentos, pero luego volvió á empezar el fuego del cañon, que despedía una bala cada dos minutos, pero siempre con mala puntería. Un insurrecto, que iba armado con escopeta de caza, se acercó al jefe de la barricada y le dijo:—Desmontemos la pieza; matemos á los artilleros.—Por qué? exclamó el jefe sonriendo; ya que no nos hacen daño, imitemos su ejemplo.

Se oían con claridad las cornetas que tocaban á la otra parte de las casas que ocultaban á la tropa escalonada en la plaza de San Martín; se conocía que se disponían á dar otro ataque, que indudablemente sería tenaz y encarnizado. Era también evidente que, después de tomar la barricada, barrerían la calle. Las otras barricadas eran más débiles que ésta y estaban menos defendidas, por lo que era necesario sostenerse en ella todo el tiempo posible. Desgraciadamente les quedaban pocas provisiones, pero de pronto recibieron inesperado socorro.

Un joven que ha muerto ya, Pierre Tissíé, obrero y poeta, trabajó gran parte de la mañana en levantar la barricada, y cuando empezó el fuego se marchó, alegando por excusa que no le habían dado fusil. En la barricada murmuraron que se iba porque tenía miedo; pero no era así, como más tarde lo probó. Pierre Tissíé no poseía más arma que un cuchillo catalán; le abrió por lo que pudiera ocurrir y emprendió su camino. Cuando salía de la calle de San Salvador vió en la esquina de una callejuela desierta, en la que puertas y ventanas estaban cerradas, á un soldado de línea en acecho, que apostó allí sin duda alguna guardia inmediata. Dicho soldado estaba inmóvil, con el fusil preparado, dispuesto á hacer fuego. Oyó los pasos de Pierre Tissíé y gritó:

—Quién vive?

—La muerte! contestó el interpelado.

El soldado disparó el fusil, que no hirió á Pierre Tissíé, que se arrojó sobre él,

dándole una cuchillada que le derribó en tierra.

El soldado arrojaba bocanadas de sangre.

—No me creía capaz de esto, murmuró Pierre Tissíé, añadiendo:—¡A la ambulan-
lancia!

Cargó con el soldado, recogió el fusil que estaba en el suelo y se volvió á la barricada.

—Traigo un herido, dijo.

—Un muerto, le contestaron.

En efecto, el soldado acababa de espirar.

—Infame Bonaparte! exclamó Tissíé. Por él he muerto á este muchacho! El me proporciona un fusil.

Vaciaron la mochila y la cartuchera del soldado y se repartieron ciento cincuenta cartuchos que encontraron, así como también dos monedas de oro de diez francos, que era la soldada de los días transcurridos desde el 2 de Diciembre. Las arrojaron al arroyo porque nadie las quiso.

Los cartuchos se distribuyeron al grito de ¡Viva la República!

Entre tanto los sitiadores habían puesto en batería un mortero al lado del cañon.

Apenas terminó la distribución de los cartuchos, apareció la infantería y se lanzó á la bayoneta sobre la barricada. Fué rudo este segundo asalto, pero se rechazó también. Dos veces la infantería volvió á la carga y dos veces retrocedió, dejando la calle sembrada de cadáveres. En los intermedios de los asaltos una granada había desmantelado la barricada y el cañon disparaba metralla.

Era desesperada la situación de los sitiados y se les habían agotado los cartuchos. Algunos arrojaron los fusiles y se escaparon. Para fugarse no tenían otra salida más que la calle del Salvador, y para llegar hasta ella necesitaban atravesar la parte baja de la barricada, que les dejaba al descubierto casi todo el cuerpo, que recibía una lluvia de balas. Allí murieron cuatro hombres, entre ellos Baudin, de un balazo que recibió en el ojo. El jefe de la barricada se apercibió de que quedaba solo en ella con Pierre Tissíé y un joven de catorce años. Iban á dar el tercer ataque, y los soldados empezaban ya á avanzar á lo largo de las casas.

—Vámonos, dijo el jefe de la barricada.

—Yo me quedo, contestó Pierre Tissíé.

—Y yo también, repitió el muchacho, añadiendo:

—No tengo padre ni madre, y lo mismo me dá morir hoy que mañana.

El jefe disparó el último tiro y se fué, como habían salido los demás, por la parte baja de la barricada. Una descarga le derribó el sombrero. Los soldados estaban ya á veinticinco pasos de la barricada. Por última vez el jefe dijo á los dos jóvenes:

—Venid conmigo!

—No, le contestó Pierre Tissíé.

—No, le replicó también el niño.

Poco después los soldados escalaban la barricada, que estaba casi destruida.

Pierre Tissíé y el niño fueron muertos á bayonetazos.

XII.

La barricada de la Alcaldía del 5.º distrito.

Los guardias nacionales, de uniforme, llenaban el patio de la Alcaldía del 5.º distrito; un antiguo tambor de la Guardia móvil, que se apoderó de una caja en la sala baja, contigua al cuerpo de guardia, había tocado llamada en las calles próximas á la Alcaldía. A las nueve, un grupo de catorce ó quince jóvenes, armados con fusiles, entró allí gritando:—Viva la República! La Guardia nacional los acogió gritando también:—Abajo Luis Bonaparte! y fraternizaron en el patio. En aquel momento entraron los representantes Dautre y Pelletier.

—Qué hacemos? les preguntó la multitud.

—Barricadas, les contestó Pelletier.

Empezaron á desempedrar el adoquinado.

De un carro cargado de sacos de harina, que pasaba por la puerta de la Alcaldía, desengancharon los caballos, que el carretero se llevó, y sin volcarlo lo colocaron al través, completando en un momento la barricada. Pusieron derecho entre las ruedas del carro un carreton que pasó, como se pone un biombo delante de una chimenea. Con varios trastos y con adoquines completaron la construcción; gracias al carro de harina, la barricada era muy alta.

—No basta una barricada, dijo Dautre; es preciso colocar la Alcaldía entre dos barreras, para poder defenderse al mismo tiempo por los dos lados.

Construyeron entonces otra barricada baja y más endeble, compuesta solo de tablas y de adoquines. Unos cien pasos

separaban las dos barricadas. En aquel espacio había reunidos trescientos hombres, pero solo tenían cien fusiles y muy pocos cartuchos.

El tiroteo empezó á las diez. Se adelantaron dos compañías de línea é hicieron algunas descargas en peloton. Fué un ataque falso. La barricada contestó, cometiendo la falta de agotar impremeditadamente las municiones. La tropa se retiró, y entonces, para emprender el ataque formal, los cazadores de Vincennes desembocaron por la esquina del boulevard.

Siguiendo la táctica africana, se deslizaron á lo largo de las paredes, después tomaron carrera y se arrojaron sobre la barricada.

Los que no tenían pólvora ni balas abandonaron los fusiles. Algunos quisieron tomar posiciones en la Alcaldía, pero les fué imposible defenderse dentro de ella, porque estaba abierta y dominada por todas partes; unos escalaron las paredes y se dispersaron por las casas vecinas; otros se escaparon por la abertura de la barricada que salía á la calle de San Juan; pero la mayor parte de los combatientes pasaron á la otra barricada, y los que conservaban municiones dispararon desde ella á los soldados. Después esperaron la muerte. Murieron todos los que quedaron en aquel recinto.

Uno de los que consiguieron deslizarse hasta la calle de San Juan, en donde tenían que sufrir el fuego por peloton de los sitiadores, fué M. Coste, redactor del *Avenement du Peuple*.

M. Coste había sido capitán de la Guardia móvil. En la esquina que forma la calle que le ponía fuera del alcance de las balas vió ante él al antiguo tambor de la Guardia móvil, que se escapaba por la calle de San Juan y que se desembarazaba del tambor.

—Guarda el tambor, le dijo M. Coste.

—Para qué?

—Para tocar llamada.

—En dónde?

—En Batignolles.

—Pues entonces no me desprendo de él.

¡Pero cómo atravesar París con aquel tambor! Indudablemente la primera patrulla que los encontrase los fusilaría. El portero de una casa inmediata, que comprendió su embarazo, salió con un saco y se lo dió. Envolvieron con él el tambor y pudieron llegar de este modo á Batignolles por las calles desiertas